

Alexandra
Roma



AURA
CAMBIA LAS
ZAPATILLAS
POR ZAPATOS
DE TACÓN



SERIE AURA 1

Alexandra Roma

Aura cambia las zapatillas
por zapatos de tacón

Serie Aura, 1



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alexandra Manzanares Pérez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.525-2024

ISBN: 978-84-08-28757-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

No tengas prisa, todo está cerca en Madrid

Levanté el pie antes de que rozara el arcén de la estación de Atocha. Quería saborear el momento. Puede que para el resto de los pasajeros del AVE Valencia-Madrid fuese un trayecto más, pero para mí ese viaje significaba un instante trascendental, un paso hacia delante en dirección a la madurez. El día que dejaba atrás mi adolescencia en mi pequeño pueblo de Cuenca, Chillarón, y llegaba a la gran ciudad, la capital, a Madrid, para degustar la independencia de la vida universitaria. No quería seguir el ejemplo de Peter Pan y ser eternamente joven. No. Yo quería avanzar. Ir quemando etapas hasta lograr abandonar mis zapatillas —unas Converse azules con los cordones desgastados y la puntera destrozada de todo el uso que les había dado— y calzarme unos buenos tacones que me permitirían pasearme por la Castellana siendo una mujer de éxito, con un maletín colorido colgado de mi brazo. Pero para eso, antes tenía que superar el cambio, la transición. Un camino que, preveía, sería como una montaña rusa, de esas que levantas las manos y las agitas al llegar a la cima, y gritas como si te estuviera persiguiendo el diablo con la caída.

Me apetecía decir unas palabras que dejaran constancia del día en el que yo, Aura Núñez, dejaba atrás todo cuanto conocía para adentrarme en la aventura de tomar el timón de mi vida. Pensaba en parafrasear a Neil Armstrong con algo así como «un pequeño paso para el hombre, un gran paso para Aura». Sí, era una copia barata y tal vez comparar mi llegada a Madrid con la del hombre a la Luna era exagerarlo un poco, pero así lo sentía yo. Tampoco es que fuera a recitar la frase en voz alta. No, no era necesario que llamasen a mi pobre madre, a la que había dejado sorbiéndose los mocos como si en vez de a la universidad me marchase a Corea del Norte a intentar derrocar al dictador, para decirle que su hija estaba en un hospital después de que varios pasajeros del tren asegurasen que hablaba sola como si estuviera enajenada o, peor, *drogada*. No, con pensarlas interiormente mientras descendía me bastaba.

Así que cerré los ojos, llené los pulmones del aire viciado de Madrid y, justo cuando iba a repetir la frase dándole la solemnidad que se merecía, me empujaron por detrás.

—¿Quieres hacer el favor de apartarte? Tengo prisa—escuché que me decía una mujer mientras me daba con sus anchas caderas con tanta fuerza que casi hace que me caiga por las escaleras y empiece mi nueva vida perdiendo las dos paletas delanteras de mi dentadura que tanto valoraba. En esos momentos no lo sabía, pero en Madrid una de las coletillas que más se repetían era «tengo prisa».

Al ver cómo descendían el resto de los pasajeros, que en vez de andar por el arcén rumbo a las escaleras mecánicas daba la sensación de que iban echando una silenciosa carrera a muerte, me pregunté si tal vez todos pertenecían a la misma empresa y competían por llegar los primeros para que el jefe les diese un suculento aumento de sueldo.

Observé lo que me rodeaba. Desentonaba entre tanto

hombre y mujer trajeados. Vale que yo no era como mi amiga Ana, que medía más de uno setenta, pero hasta ese día, en el que vi a una cantidad abrumadora de chicas subidas encima de tacones con los que yo no aguantaría ni la prueba en la zapatería, nunca me había sentido tan pequeña, insignificante y perdida. El miedo a lo desconocido se mezclaba con los nervios, que me habían impedido dormir y tenían la culpa de las ojeras pronunciadas que lucía, la emoción y la ilusión por comenzar un nuevo proyecto, esta vez el de mi vida. Veía el día de mañana como una página en blanco que yo podía rellenar como me diese la gana. Ya no era simplemente la hija de Miguel y Amparo, los panaderos con las mejores magdalenas caseiras del pueblo. No, ahora era Aura y, aunque me daba un vértigo enorme pensar que por fin había volado del nido familiar, me encantaba la chispeante sensación de que se habían acabado las órdenes de terceros y ahora era yo la que decidía qué quería para mí misma.

Me colgué la mochila al hombro y arrastré la maleta —cargada de sueños, expectativas y dieciocho años de vida metidos a presión y cerrada con la ayuda de mi padre después de que me tumbase encima e hiciese fuerza— hasta el tapón humano en que se habían convertido las escaleras mecánicas.

Una amiga, que había pasado unos días en Madrid visitando a su novio, un chico del pueblo que se vino a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas y acabó dejando el grado y a ella para entrar en *La isla de las tentaciones* como tentador y comprarse un Audi con las ganancias de los bolos de verano, me había explicado que debía situarme en el lado derecho y dejar el izquierdo libre para que las personas que tenían prisa —o sea, todas— pudiesen subir andando. Lo hice, pero allí nadie respetaba nada. Era como si un puñado de hormigas quisieran salir a la vez por la pequeña abertura del hormiguero, un imposible.

Las personas que estaban a mi alrededor rumiaban por lo bajo, se desesperaban y taconeaban en el suelo nerviosas tratando de hacerse hueco entre la gente y colarse para llegar tres segundos antes arriba. Ese era uno de los hábitos de los madrileños que no quería que se me pegasen. De hecho, yo parecía la única persona que no estaba al borde del ataque de nervios por tener que hacer una sencilla cola.

Al final logré subir a la planta principal de la estación de Atocha y, sinceramente, lo agradecí. Temía que el hombre que tenía detrás, que cada vez sudaba con mayor intensidad y se ponía más rojo mientras miraba el reloj, comenzase a tirarnos escaleras abajo para llegar primero o sufriese un infarto y me viese obligada a poner en práctica el curso de primeros auxilios al que la señora Amparo, mamá, me había obligado a acudir ese verano porque, según había afirmado, «Nunca se sabe lo que puede pasar y tienes que ir preparada para cualquier incidente».

Aunque, como he dicho, los madrileños iban como alma que lleva el diablo a todos los lados, me percaté de que sí que tenían tiempo para colocarse la capa de superhéroe e indicar a una joven, con problemas de orientación y perdida, hacia dónde tenía que ir para coger el metro. Y eso fue una odisea aparte. Ya no solo porque al ver el plano observé tantas líneas de diferentes colores que tuve que apoyarme en la pared unos diez minutos hasta que localicé la mía, Moncloa. No. Lo más complicado fue entenderme con las máquinas endemoniadas, mientras las personas que esperaban detrás de mí suspiraban enfadadas por perder treinta segundos de su valioso tiempo, los transbordos y, lo más importante, transformarme en una jugadora de rugby profesional y empujar hasta meterme con calzador en la lata de sardinas que parecían los vagones.

De nuevo, me tuve que apoyar en la pared cuando llegué a Moncloa. Necesitaba respirar «aire puro» y qui-

tarme ese olor a sudor que se había incrustado en el interior de mis fosas nasales. Por no hablar del golpe de calor que pensaba que iba a sufrir porque, suponiendo que lo hubieran encendido, el aire acondicionado no había hecho su aparición en los —atención al dato— cincuenta minutos que había tardado en llegar a la parada de mi nuevo barrio. Y todavía me quedaba salir a la calle y localizar mi casa. Recordaba que mi amiga, esa a quien le dejó el corazón roto un chico mientras Sandra Barneda le preguntaba por qué buscaba el *amor*, me había dicho que Atocha estaba cerca de mi piso. ¿De verdad? ¿Cerca? ¿Cómo eran las distancias en la capital? Porque en el tiempo que había estado en ese submundo infernal llamado «metro en hora punta», podía haber recorrido Chillarón tres veces y haberme detenido a comprar un helado de leche merengada y chocolate, mi preferido, por el camino.

—¿Puedes echarte a un lado, por favor? —preguntó una chica que, como yo, iba cargada con su maleta y sonreía con ilusión contenida sujetando el móvil en la mano. Me giré para ver qué quería fotografiar y me topé con una placa de metal en la que se leía MONCLOA, la zona universitaria en la que yo iba a vivir.

—¿Te importa hacerme una primero? —Le tendí mi teléfono.

—¡Claro!

Al acceder tan rápido, por un momento temí que fuera a robármelo. Una idea absurda que mi madre había instaurado en mi pobre y saturado cerebro, tras repetir día y noche que tuviera cuidado, era que en Madrid a los turistas —y yo parecía una— les quitaban las carteras y los teléfonos. «Siempre tienes que tener el bolso vigilado. Tú agárralo con fuerza y te lo pegas al cuerpo», era su consejo diario desde que, con un simple correo electrónico, me informaron de que tenía plaza en la universidad.

Pero no. La chica no resultó ser la integrante líder de

una red de ladrones de guante blanco ni nada por el estilo. Al contrario, confiada, me pidió que le sacase la misma fotografía recostada al lado de la placa. Sonreí viéndome reflejada en ella mientras esperaba a que me dijera si le gustaba el resultado o quería que le hiciera otra. Ambas éramos dos nuevas habitantes que llegaban a Madrid con ganas de comerse el mundo y sentían la necesidad de dejar constancia de todo lo que las rodeaba, esas primeras sensaciones, para no olvidarlo nunca.

Lo que más me sorprendió una vez que dejé el subsuelo de Madrid, después de casi una hora en metro, y puse por primera vez un pie en su superficie fue la cantidad de gente que iba de un lado para otro caminando por las arterias de la capital. Frente a mí estaba el parque de Moncloa. El césped se hallaba repleto de diferentes grupos de amigos. Había muchísimas personas, ¡y era un día normal! Yo había visto Cuenca casi a reventar en San Mateo, pero era la festividad de la ciudad. Me parecía increíble que tantos jóvenes se reunieran en un mismo sitio sin que el calendario señalase que se trataba de un día especial. De nuevo sentí las mariposas en el estómago y noté cómo se dibujaba una sonrisa en mi cara. No sabía cuándo, con quién ni cómo, pero estaba segura de que tarde o temprano yo también estaría allí sentada, con mis nuevos amigos, riendo hasta pensar que se me iba a desencajar la mandíbula.

Adoraba pertenecer a la era digital. Vale que se estaban creando ejércitos de personas adictas al móvil y que algunos amigos me hablaban más por WhatsApp que cuando quedaba con ellos, como si ya no hubiese nada más que contar. De hecho, mi hermano, cuando vivíamos bajo el mismo techo y nos pateábamos el trasero día sí y día también, solía usar los privados de Instagram —los pocos minutos que me aceptaba antes de volverme a bloquear como amiga— para ordenarme que le llevase una Coca-Cola a su habitación. Menos mal que la obediencia a dictadores idio-

tas nunca ha sido mi fuerte; si no, me habría convertido en su esclava. Sin embargo, no todo lo tecnológico era malo. Es decir, también estaba la aplicación de Maps, gracias a la cual sería capaz de llegar al piso siguiendo una sencilla flecha en la pantalla.

Anduve hasta que mi móvil pronunció «ha llegado a su destino». Un paso de peatones me separaba del portal de mi nueva casa. Levanté la vista para observar la antigua construcción, de pared blanquecina desconchada y balcones negros, que albergaba la vivienda, cuando un chico, si es que se le podía llamar así, se colocó delante de mí.

Era menudo, con unas gafas de pasta que hacían que sus ojos castaños pareciesen pequeños. Aunque debía de ser de mi edad, todavía tenía el aspecto de un niño pequeño, con el acné latente en su imberbe mentón. Pero eso no era lo que llamaba la atención. No. El detalle que hizo que tuviera que contenerme la risa era que iba vestido de flamenca, con su falda de lunares rojos, una rosa del mismo color prendida de la oreja derecha y, lo peor de todo, pintado como una puerta. Le había maquillado una persona con poco talento, de eso no había ninguna duda. El pintalabios rojo sobresalía por encima de sus finos labios, la raya negra del ojo tenía una cola que casi se juntaba con el nacimiento de su pelo, y lo que se suponía que era un lunar dibujado en su mejilla era un pegote negro que el sudor había desteñido por su rostro.

Y no solo eso. Lo extraño era que no me hubiese llamado antes la atención con los berridos que estaban dando un grupo de unos veinte chicos detrás de él.

Podría haber sido un club de fans algo desfasado de la Pantoja, pero la opción más lógica era que se tratase de un grupo de novatos que se habían instalado en los colegios mayores que había por la zona y estaban sufriendo en sus propias carnes las novatadas de los veteranos. Era fácil distinguir a estos últimos, que se reían sin piedad de los

que escuché que llamaban «esclavos», mientras bebían de una mezcla explosiva que tenía un tono anaranjado. Las «flamencas» eran las víctimas, todos más jóvenes y nerviosos.

—Tengo que pedirte un favor —me dijo con voz temblorosa el desconocido.

—Dime.

—La cuestión es que... —Se pasó la mano por la mejilla del lunar pringándose la palma—. Tú me puedes ayudar a que esta noche no sea uno de los diez compañeros que sufrirán el «tartazo al novato».

—¿Y eso qué es?

—Nos llevarán a Sol y la gente nos podrá tirar una tarta a la cara por un euro...

—¿Por qué ibas a dejar que te hicieran eso? —pregunté.

Reflexionó un segundo y me contestó con pasmosa sinceridad.

—Para encajar, supongo. Por lo menos, lo de que nos hacían lavarnos los dientes con la escobilla del váter era una leyenda urbana... —Se encogió de hombros—. Después de superar que ayer me depilaran las piernas con cera, creo que soy capaz de cualquier cosa...

—¿Te depilaste?

—A las cuatro de la madrugada.

—Vaya —podría haberle juzgado, pero la realidad era que yo también había hecho cosas a lo largo de mi vida que no me apetecían un carajo para lo mismo, encajar, formar parte de algo—. ¿Qué tengo que hacer para que no sufras esa humillación pública?

Me daba pena. Algunas flamencas parecían entusiasmadas con la idea de estar viviendo las novatadas, el rito de iniciación por el que pasarían a ser uno más de la hermandad en la que se convertía el colegio mayor, pero a este en particular se le veía bastante incómodo.

—Necesito conseguir más trofeos femeninos que el resto...

—¿Eso qué quiere decir exactamente?

—Sujetadores. Tu sujetador.

Por una milésima de segundo, pensé que había escuchado mal. Sin embargo, su expresión apurada no dejaba lugar a dudas. Había oído bien. Ni siquiera me lo planteé. ¿Iba a darle mi sujetador a la primera persona que me lo pedía mientras sus compañeros lo grababan en vídeo para, previsiblemente, subirlo a TikTok? No, pese a que ese chaval con aspecto aniñado me despertaba ternura, no estaba dispuesta a ello.

—Me temo que no.

—¿Y si te lo suplico? —añadió desesperado—. Si es necesario, puedo esperar a que entres en un bar y te lo quites...

—No insistas. Además, no creo que ninguno lo consiga...

—¿Estás segura?

Señaló detrás de mí y me giré justo cuando empezaban los aplausos de los veteranos, que en aquellos momentos parecían tener más similitudes con los gorilas que con los humanos, alrededor del novato que enarbolaba los sujetadores de tres sonrientes, y bastante borrachas, alemanas. Entonces, la flamenca, orgullosa de su hazaña, se puso de rodillas mientras le colocaban un embudo en la boca y le echaban sangría hasta que no pudo tragar más y el líquido se le derramó por el vestido. De nuevo, el resto le jaleó.

—Sigue sin seducirme la idea. Tal vez el día que pasee por Berlín sin saber cómo mantenerme en equilibrio y un caucásico me lo pida cambie de opinión, pero por ahora...

—¿Y si te pago lo que te costó? —insistió quemando el último cartucho.

—No es por el precio... Pero con los veinte euros que

te pensabas gastar en conseguir mi sujetador puedes pasar a los chinos de ahí —señalé una tienda que acababa de distinguir en la acera de enfrente en la que se vendía ropa— y comprar, si coges los más horrendos, por lo menos cinco. Ganarías la apuesta y por la puerta grande.

Entornó los ojos. Mi idea le había gustado, no había duda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mientras iniciaba la estrategia para escabullirse disimuladamente.

—Aura, ¿y tú?

—Daniel. —Comenzó a andar hacia atrás como los cangrejos, sin quitar la vista de encima a los veteranos, que estaban demasiado ocupados tratando de emborrachar a cualquiera que accediera a meterse el embudo en la boca—. Muchas gracias, Aura, espero que Madrid te trate muy bien.

Me despedí reafirmandome en la idea de que había hecho bien al haber elegido compartir piso antes que ir a un colegio mayor. Tampoco lo quería decir muy alto, no fuera que en unos días me llevase a matar con las dos desconocidas con las que a partir de ese instante lo compartiría todo. Puede que en una semana los muros del piso albergaran una guerra entre nosotras y nos dedicásemos a hacernos putadas, como abrir el grifo del agua caliente mientras la otra se duchaba, pero por el momento estaba contenta.

Mi vena peliculera, que la tenía muy desarrollada y había visto todas las cutres americanadas cortadas por un mismo patrón —chica normalita llega al instituto o universidad, conoce al chico popular, malote o rebelde, y ambos se acaban enamorando perdidamente—, no opinaba lo mismo. Ella prefería que fuese a una hermandad como tantas veces había visto en el cine y me convirtiese en la protagonista de un filme en el que los asistentes se acabasen atragantando de tanto pastel de merengue. Pero esto

era la vida real y esas tonterías las había dejado en la casa de Chillarón, junto con la carpeta forrada con las fotos de los famosos de turno.

Dejé atrás el grupo de flamencas y me interné en el portal, que me recibió con la mejor de las sorpresas: ironía modo *on*. En las puertas del ascensor —una construcción de los años cincuenta de madera con acceso manual, cuyo movimiento ascendente y descendente se podía ver a través del armazón de metal negro que lo envolvía hasta lo alto del edificio— había un cartel en el que pude leer claramente que se encontraba fuera de servicio. Me pregunté qué habría pasado y cuándo se arreglaría. A mi cabeza acudió instintivamente la imagen, con mi obsesión por las series americanas, del piso de *The Big Bang Theory* y su ascensor estropeado desde hacía años.

Decidí no quejarme. Era mi primer día y nada lo podía estropear. Me preparé y arrastré la maleta. Antes de llegar al tercero, mi planta, puede que me plantease que me habían dado el cambiazo y en vez de ropa llevaba algún tipo de cadáver por el que me acusarían de asesinato. Pesaba una barbaridad. Fantaseé con la idea hasta subir el último peldaño, luego me froté mis enrojecidas manos y comprobé que solo había dos puertas por planta, por lo que teníamos un único vecino. Saqué la llave, con un llavero en el que se podía leer la frase «Tu meta es el cielo». Me lo habían regalado mis amigos en la fiesta de despedida en la que, los muy graciosos, se habían vestido con caretas con mis peores poses —esas que me gustaría encerrar en un baúl con candado para quemarlo después o por las que pagaría a un informático mañoso para que las borrara de las redes sociales— y, para poner la guinda al pastel, me habían dado a mí la peor. Tanto es así que un desconocido me preguntó quién era el personaje que llevaba en la careta, y con las mejillas encendidas, le tuve que confesar que el *personaje* se trataba de mí misma.

Tras recordar lo capullos que podían ser mis amigos cuando se lo proponían y ser consciente de lo mucho que les iba a echar de menos, metí la llave en la cerradura. La madera antigua crujió y se abrió, dando paso a un iluminado piso que me sabía de memoria, ya que, durante meses, después de elegirlo, me había dormido observando fotos de su interior.

Ya estaba allí, en mis metros cuadrados de independencia.

Bienvenida a tu nueva vida, Aura.